

# **Blog Bibliotecario**

**Compilación de entradas #20**

**Edgardo Civallero**

## Sonidos del pasado

¿Alguna vez se han preguntado cómo sonaría la música antigua originalmente?

(Y por música antigua me refiero a la verdaderamente antigua, o, al menos, a todo sonido ejecutado o cantado antes de la aparición de los primeros aparatos de grabación).

Yo me hice esa pregunta hace unos días, cuando me enfrenté a las imponentes fotografías de "Sonidos de América", un documento impresionante que el Museo Chileno de Arte Precolombino ofrece, junto a muchos más, para descarga libre en su archivo audiovisual (un rincón virtual que, por cierto, merece felicitaciones y muchas visitas).

Contemplando las flautas de cerámica que muestra el mentado libro electrónico, y observando los exquisitos detalles de trompetas, bocinas, silbatos, campanas y tambores, me dije que probablemente nunca vamos a saber qué sonidos lanzaban al aire esos instrumentos cuando aún estaban "vivos", ni qué tipo o estilo de música habrían compuesto e interpretado con ellos sus dueños primigenios: Nazcas, Mochicas, Chimúes, Atacamas, Incas...

Por mucho que intentemos reconstruirla, por muchas teorías que las "mentes preclaras y lúcidas" de la arqueología y la historia elaboren, por mucho que repliquemos los instrumentos y los soplemos y golpeemos, por mucho que los observemos a través de rayos X, por mucho que se diga y se escriba, jamás averiguaremos como fue esa música realmente, cómo sonó, cuál fue su timbre, su volumen, su ritmo, su tempo, su candencia, su textura y, sobre todo, cuáles fueron las emociones que la alimentaron y cuáles las que alimentó en otros...

Y a uno le queda un agujerito dentro cuando se enfrenta a este tipo de revelaciones, y una tristeza enorme. La misma que sentiría si recibiese una decisiva e inesperada carta de amor 50 años después de ser enviada, y al abrirla encontrase sólo la mitad de la misiva. Es algo que uno sabe irremediable, un enigma al que no vale la pena enfrentarse, un problema sobre el que es mejor no pensar, pero que queda ahí, como una espinita.

Empecé entonces a preguntarme cómo hubieran sonado *otras* músicas. Por ejemplo, cómo sonaría originalmente Vivaldi, en un lugar (Italia) y en una época (la barroca temprana) en la que los grupos y pequeñas orquestas de cámara no se dirigían con una grácil y silenciosa batuta, sino al compás de un bastón violentamente percutido contra el suelo. ¿Imaginan el escándalo molesto de ese golpeteo, metiéndose en medio de las notas de las célebres "Cuatro Estaciones"? Una época en la que, además, los instrumentos clásicos recién comenzaban a desarrollarse y estaban todavía llenos de imperfecciones, de asperezas, de afinaciones torcidas... Una época en la que el diapasón de afinación de una ciudad no era igual al de otra y, por ende, algunos instrumentos no podían tocar en orquestas junto con otros porque estaban desafinados. Una época en la que las cuerdas de los violines eran de tripa, las flautas no tenían llaves y la mayoría de los vientos eran de madera. Dudo mucho que la música barroca (e incluso la clásica) sonara como lo hace hoy. No sería ni mejor ni peor, por cierto. Pero sería muy distinta. Precisamente como el compositor –Vivaldi, Bach, Mozart- quería que fuese. ¿No les intriga saber cómo sería eso?

Pensando en eso, seguí adelante con la dichosa pregunta. ¿Cómo sonarían todos esos instrumentos que hoy nos miran, lánguidos y tristes, desde las vitrinas de los museos? ¿Cómo habrán sonado esas liras encontradas en las tumbas de Ur, que probablemente acunaron el último sueño de los esclavos que acompañaban a la reina Suabi en su viaje eterno? ¿Cómo sonarían los instrumentos de las grandes dinastías chinas? ¿Cómo habrán sonado, a los ojos de los primeros europeos, esos tambores africanos que hoy adornan colecciones privadas en Europa pero que, originalmente, convocaban fiestas y guerras en el corazón del continente negro? ¿Cómo habrá sido todo eso originalmente?

¿Y si pasamos de la música a cualquier otro sonido? ¿El rugido de la multitud en el Coliseo? ¿Una batalla entre ejércitos medievales? ¿La voz de Cicerón en el senado romano? ¿Y la de Sócrates, o la de Homero, si realmente existieron?

Es en ocasiones como ésta, en las que comienzo a hacerme demasiadas preguntas inútiles, cuando no puedo dejar de sentirme un náufrago del tiempo. Sé que mis interrogantes no tienen respuestas, y que eso es algo irremediable: no hay forma de obtenerlas. Pero, antes de cerrar esta entrada, me doy cuenta de que, dentro de 500 o quizás mil años, alguien se preguntará cómo sonaba mi voz, o la de cualquiera de ustedes, o cómo sería la música que escuchábamos, tocada en origen, o como serían nuestras voces, o incluso nuestro idioma.

Y, consciente de cómo funciona nuestro mundo actual, sé que ese hombre o esa mujer del futuro tampoco podrán aliviar sus dudas. A pesar de que hoy tengamos herramientas que nos brinden la posibilidad de dejarles alguna respuesta como herencia.

## Las manos del pintor

La primera vez que pisé el Museo del Prado, en Madrid, yo tenía unos 12 años, y visitaba la capital del Reino de España en viaje de fin de curso. En esa "excursión" de una semana descubrí los rincones de una villa que me mostró la Puerta de Alcalá, la Plaza Mayor, los Jardines del Buen Retiro, la Puerta del Sol, el Palacio Real o el museo en donde se exponía el "Guernica" de Picasso. Mi mente infantil absorbió todo aquello con asombro contenido, y me llevó semanas (si no meses) digerir y asimilar tamaño bombardeo de sitios históricos.

Sin embargo, de ese viaje siempre rescato mi primera visita al Museo del Prado, como si el recorrido por sus colecciones me hubiera dejado una marca indeleble que quedó adherida a mi piel de por vida.

Desde pequeño había desarrollado cierto gusto por la pintura: curioseaba, ávido, unos tomos enormes que mi padre aún guarda en su biblioteca, en los cuales se atesoran las grandes obras del arte universal. En ellos, mi curiosidad de niño explorador descubrió a Goya, a Velásquez, a Tiziano, a Modigliani, a Van Gogh, y por supuesto a Da Vinci, a Picasso y a Rembrandt. De los canales venecianos del Tintoretto a los cuadros de colores de Miró, y de los motivos moriscos de Delacroix a los delirios de Chagall y Dalí, recorrí la andadura de los artistas europeos de todas las épocas. Sin embargo, el papel solo me permitía apreciar el aspecto general de las obras, jamás sus detalles. Y, mucho menos, a sus autores, que para mi eran simples nombres vacíos, carentes de relación con una persona de carne y hueso, o con un momento histórico o un lugar particular.

Supongo que mi tránsito primero por las salas de El Prado fue una especie de encuentro con viejos amigos lejanos. Una especie de *rendez-vous* personal con un individuo con el que hemos mantenido contacto por años sólo a través de cartas.

Recuerdo que me maravillé con muchos cuadros. No era para menos: la colección del museo madrileño es una auténtica maravilla. Sin embargo, fui a extasiarme ante el más inesperado: el "Autorretrato" de Durero.

No puedo olvidar el momento. Traspasé la puerta de una de las salas, me giré y allí estaba él, pequeño hasta la insignificancia, simple, con su importancia reducida al lado de todos los magistrales trabajos que colgaban de esas paredes.

Había visto aquel cuadro un montón de veces en mis libros de pintura y, la verdad sea dicha, jamás le encontré nada de particular. De hecho, Durero tiene producciones mucho mejores que esa (por ejemplo, algunos de sus grabados). Aún así, me extasió. Quizás no imaginé que era tan pequeñito (la tabla no supera los 40 x 50 cms.), o que lo iba a poder tener tan cerca y poder apreciar los trazos que dieron los pinceles del maestro alemán.

El caso es que he vuelto muchas veces a El Prado desde entonces. Recorro sus salas y admiro trabajos tan impresionantes como el "Cristo crucificado" y "Las meninas" de Velásquez, o "Los fusilamientos del 2 de mayo" y las "majas" de Goya, o el intrigante "Jardín de las Delicias" de El Bosco. Pero siempre termino buscando el "Autorretrato" de Durero y plantándome delante de él unos minutos.

E imagino al artista mirándose en un espejo, y dando cada uno de esos trazos pastosos que todavía pueden apreciarse en la superficie de la madera, y decidiendo con qué expresión quiere inmortalizar su rostro, o qué vestido le viene mejor, o cómo disimular tal o cual defecto de su cara... Imagino sus hábiles manos, sus dedos armados con un pincel, dando más presión aquí, difuminando allá, buscando el punto correcto... Lo imagino sonriendo cuando cierto color o tono le complacía, e insultando en Alto alemán cuando cometía algún error, y armándose de paciencia para pintar su melena dorada cabello por cabello... Y limpiándose los dedos de pintura para tomar algún tentempié, o para agregar un par de brasas al caldero que lo mantendría a salvo de los fríos del norte

de Europa. No puedo imaginar lo mismo de obras más grandes, más espectaculares: el tamaño, la imponente o la implícita "magistralidad" de los cuadros hacen olvidar quién estaba detrás de ellos, quién los produjo. Éste, tan pequeño, permite deshacerse del reverencial respeto que los pobres mortales guardamos hacia el Arte con mayúsculas y encontrar, detrás de las capas de pigmentos aceitosos, al hombre que pintó. Un hombre que, seguramente, era consciente de que su cara iba a mirar el mundo por siglos, mucho después de que él hubiera vuelto al polvo, y que sus ojos de óleo iban a tropezarse con muchísimas miradas curiosas que quizás se preguntaron, se pregunten y se preguntarán —como yo lo hago cada vez que lo veo- qué pensaba y qué sentía Albrecht Dürero cuando pintaba su propio retrato.

He recorrido muchísimos otros museos desde esa primera visita a El Prado. Y me he acostumbrado a detenerme delante de las obras que exhiben y preguntarme quién estaba detrás de ellas, quién las hizo. Y, en muchas ocasiones, he descubierto en esas tallas, esas vasijas o esas pinturas, el deseo de todo ser humano de trascender a su propia vida y dejar una marca imperecedera en el mundo, una marca que sea recordada y que los haga inolvidables. Pues es cuando un nombre deja de pronunciarse y una persona deja de ser pensada, cuando realmente muere.

He ahí uno de los motivos del arte: sobrevivir. Permitamos a sus autores que lo hagan y, la próxima vez que recorramos una exposición —de lo que sea- o que escuchemos música o leamos un libro, preguntémosnos, por un instante, quién fue el artífice de eso que estamos disfrutando. Recordemos que tras todo trabajo artístico hay un mago de las letras, los colores o los sonidos. Y permitámosles vivir de nuevo y que pasen un rato a nuestro lado.

Se los aseguro: nos encontraremos con muchas sorpresas y con un universo insospechado, quizás mucho más valioso que la obra en sí. Yo lo he hecho. Hace poco descubrí que, bajo el marco de la ventana que aparece al fondo del "Autorretrato", Dürero había dejado un mensaje:

"1498. Lo pinté a mi propia imagen. Tengo 26 años".

Si eso no es un guiño a la inmortalidad, ¿qué es, entonces?

## Lorem ipsum

"Lorem ipsum dolor sit amet, consectetur adipiscing elit, sed do eiusmod tempor incididunt ut labore et dolore magna aliqua".

No se esfuercen en traducir esta frase del latín al castellano: cualquier intento será inútil. Pues no se trata de un texto hecho para ser leído y entendido, sino de una simulación de escritura creada para rellenar gráficamente un espacio en donde debería ir un texto real. Nada más.

Y nada menos.

La primera vez que me topé con esta secuencia de términos latinos, era un adolescente que comenzaba una incipiente carrera de diseñador gráfico y se asomaba, curioso e interesado, a los libros que en aquella época reflejaban las técnicas tipográficas y de ilustración más asentadas y prestigiosas. Les hablo de un tiempo en el que las computadoras se usaban para jugar al come cocos o para procesar algunos puñados de palabras. El diseño gráfico, en aquel entonces, todavía era un verdadero arte hecho a mano y poblado de secretos y misterios. Los maestros de la imprenta –desde el más humilde peón al más experimentado impresor- cargaban en sus morrales un impresionante bagaje de saberes teóricos y prácticos. Y era necesario conocerlos si uno pretendía andar ese camino.

Que no les extrañe que vincule diseño con imprenta. Les repito que les hablo de la época pre-informática. Las páginas web eran un sueño, lo mismo que la edición de escritorio, el retoque fotográfico estilo Photoshop y muchas cosas más. De hecho, yo inicié mi andadura como diseñador dibujando a mano, coloreando con acuarela y componiendo textos con letras adhesivas. Aproveché mis conocimientos de dibujo y pintura –incluyendo composición, equilibrio, volúmenes, teoría del color, luces y sombras y un

largo etcétera- para ganarme un lugar como aprendiz en un estudio de diseño y en una imprenta, y allí fui aprendiendo cosas y más cosas de las manos y los labios de los mejores: los tipógrafos. Los que sabían de juntar letras de plomo o estaño en largas filas, y de darles el interletrado conveniente, el interlineado apropiado, y el espacio en blanco adecuado para que el texto resultara no solo legible, sino también bello.

Fue en aquella época cuando me hice con los libros que mencionaba un par de párrafos más arriba. En ellos se desplegaban numerosos ejemplos de "layouts", composiciones de textos, líneas, fotos y colores que mostraban la labor de maestros del diseño y aplicaban en la práctica las teorías de la ilustración y la tipografía. Ésas que yo tenía que dominar.

Y allí, en todos los lugares en donde debían ir bloques de texto, se repetía la misma secuencia de palabrejas latinas.

"Lorem ipsum...".

El porqué de su empleo me resultó obvio de inmediato: cuando se presenta un "layout" (es decir, un boceto, modelo o diseño-ejemplo de un trabajo cualquiera: la página de un libro o de una revista, un panfleto, o cualquier otro encargo que lleve texto), el lector (y cliente del diseñador) tiene la tendencia a distraerse leyendo el contenido de los párrafos y olvida en el acto lo más importante: el "layout" en sí, el diseño, la presentación. Para el diseñador, lo que cuenta en un primer boceto es la distribución de los bloques, la elección de los colores, la selección de los blancos... pero el cliente siempre, siempre, siempre se pone a leer lo que dicen los enunciados de ejemplo. Al usar parrafadas sin significado aparente, la atención del lector/cliente se vuelve hacia el diseño. Que es lo que necesita el diseñador.

Eso es lo que logra el "Lorem ipsum": simula ser el texto real, demostrando cómo se va a ver el mismo cuando se imprima la versión final del "layout".

He empleado esas oraciones en latín infinidad de veces para presentar los bocetos iniciales a mis clientes, y siempre me fueron de utilidad. Una vez, hablando con uno de los impresores más viejos de la imprenta en la que trabajaba de joven, se me ocurrió preguntarle si sabía el origen de esas frases en latín, tan usadas, tan omnipresentes en libros y manuales... El hombre se encogió de hombros en una mueca de total ignorancia y repuso que siempre se había usado así.

Y yo me quedé con la duda.

Hace poco, y gracias a Internet, me enteré de que el texto comenzó a ser utilizado en el 1500. Un impresor desconocido tomó una secuencia de tipos de plomo que ya tenía armada de otro libro, los mezcló al azar y armó con ellos una plancha para imprimir un "layout". Uno muy renacentista, por cierto. Se entiende que en aquella época, los clientes de los impresores adolecían de los mismos males que nuestros clientes actuales.

En contra de lo que muchos creíamos, no se trata de un texto inventado del todo, sino de uno ya escrito y recompuesto al azar. Un profesor de Latín del Hampden-Sydney College de Virginia (EE.UU.), Richard McClintock, descubrió que procede de las secciones 1.10.32 y 1.10.33 de la obra de Cicerón "De Finibus Bonorum et Malorum" (Los límites del bien y el mal), escrita en el 45 a.C. El libro era un tratado sobre ética, muy popular en el Renacimiento, de modo que probablemente nuestro anónimo amigo tomó varias secciones de ese libro que ya tenía armadas para su probable impresión y las entreveró para construir su simulación.

El "Lorem ipsum..." no sólo ha sobrevivido cinco siglos en la industria tipográfica más tradicional, sino que ha migrado al universo digital. De hecho, el editor de texto Aldus PageMaker muestra sus fuentes (o tipos de letra) exhibiendo partes de la famosa secuencia latina.

En la actualidad existen numerosas versiones del "Lorem ipsum...". La mayoría han sufrido alteraciones con el paso de los años, especialmente por parte de algunos bromistas que han inyectado cierto humor perverso y vergonzoso entre sus frases. Sin embargo, aún se conserva el modelo original, que es el usado por los diseñadores profesionales de textos, panfletos y sitios web de todo el mundo. O, al menos, por los de esa vieja escuela que todavía recuerda las útiles tradiciones de antaño y sabe que hay conocimientos que nunca pasan de moda.

## Cementerios

Cada año, por estas fechas, me acuerdo de la primera vez que crucé las salinas de Ambargasta, ésas que cubren la esquina suroeste de la provincia argentina de Santiago del Estero.

Recuerdo la ocasión porque me dejó marcado por una imagen muy particular: un cementerio que se levantaba en algún punto entre Ojo de Agua y el río Saladillo, en medio de una nada de suelos blancuzcos y árboles espinosos y achaparrados. Uno de tapias bajas y un puñadito de tumbas de adobes pardos o ladrillos rojizos. Uno que no podía evitar destacar por encima de su desolado entorno, pues cada uno de sus rincones estaba engalanado con flores de plástico y de papel de todos los tipos, tamaños y tonos imaginables.

El individuo que me acompañaba en aquel trayecto me informó que había pasado poco tiempo desde la celebración del día de Todos los Santos, y que, aunque la cercana aldea que cuidaba (y nutría) aquel humilde camposanto era prácticamente insignificante, sus vecinos dedicaban toda la jornada de esa festividad religiosa a convertir la última morada de sus deudos en un lugar hermoso (en relación a su parca realidad, claro está). De hecho, las flores de plástico que colocaban por doquier podían verse desde lejos y duraban bastante. Aunque, la verdad sea dicha, duraban lo que los vientos de la región permitían que durasen.

Volví a pasar varias veces por ese lugar desde entonces, y siempre pegué mi nariz contra el vidrio de la ventana del vehículo en el que viajaba para no perder detalle de aquel espectáculo. A veces, el cementerio lucía desolado y otras, alegre y hasta carnavalesco. Con el paso de los años, algunas lápidas fueron albeadas, y hasta cubiertas de piedra o mármol. Nunca pude sacar una foto, pero, mientras escribo estas líneas, encuentro una en la *web*: la que ilustra este *post*.

Cada año, pues, precisamente por estas fechas, me acuerdo de ese cementerio. Y ese recuerdo se encadena, como por encanto, con muchos otros...

Con el de Tilcara, por ejemplo: un pueblo situado en plena Quebrada de Humahuaca, en la norteña provincia argentina de Jujuy. En "Los Salieris de Charly", el cantautor argentino León Gieco afirma que "nos gusta el sol del cementerio de Tilcara". Siempre quise creer que tal afirmación no tendría nada que ver con la realidad: seguramente se trataría, me decía, de una frase poética digna de un artista bastante bohemio. Sin embargo, me bastó con echar un vistazo a aquel camposanto quebradeño para entender que lo de Gieco no era ni una figura literaria ni un delirio artístico: era una verdad innegable. Aquel camposanto no tenía ni pizca de tenebrosidad, de tristeza o de melancolía. Daban ganas de sentarse al costado de alguna losa a que el sol diera en el rostro y admirar la simplicidad de las tumbas y el hermoso paisaje de cerros, laderas y cardones que se abría hacia los cuatro rumbos.

¿Y cómo evocar el cementerio de Tilcara sin hacer lo propio con el de Humahuaca, el de Maimara, o el de La Quiaca...? En realidad, todo el camino de la Quebrada, desde la ciudad de Jujuy hasta la frontera con Bolivia, está jalonado de pequeños camposantos de muritos sencillos y, por supuesto, de los infaltables ramos de margaritas, rosas y gladiolos plásticos en cada rincón...

Sepulcros con flores de colores fue lo que vi cuando recorrí los Andes desde Temuco hasta Otavalo. Eran obvios en las soledades del norte de Chile y en el extenso desierto costero del sur y el centro del Perú, pero también en el altiplano boliviano, entre Puno y La Paz, y entre esa ciudad y Oruro, y en todas las montañas que se recorren desde allí hasta Potosí, y desde Potosí a Villazón.

Cada año por estas fechas, pues, me acuerdo de los pequeños camposantos de mis horizontes natales. Y sonrío cuando pienso que, en muchas ocasiones, son los muertos, con sus tumbas adornadas por un arco iris luminoso y artificial, los que en Sudamérica

dan la bienvenida a su aldea polvorienta o a su pueblito de un monótono color ocre o gris. Son ellos los que recuerdan al mundo que en medio de un altiplano aparentemente inhabitado o en un pliegue de una determinada serranía agreste, hubo y hay gente. Y son los que brindan un remanso de paz y de calma. Uno que, incluso, llega a inspirar canciones.

## **El reclamo**

### **Cuento**

Los manuales, diccionarios y obras sobre seres mágicos que llenan las bibliotecas y las librerías de los hombres han enumerado, con lujo de detalles, un sinfín de monstruos, duendes, hadas y otras entidades más o menos mitológicas que pueblan los más dispares rincones de este planeta.

Pero nunca han hablado de nosotros.

Y este hecho es curioso, porque convivimos con los hombres desde siempre.

Los vimos alzarse sobre sus dos piernas, cuando no eran sino una más de las tantas bestias que intentaban sobrevivir en un mundo hostil. Los escuchamos mascullar y gruñir sus primeras palabras en lenguajes ya perdidos que quizás no merecerían llamarse siquiera «lenguajes». Los ayudamos a encender su primer fuego, y disfrutamos de su asombro infantil al enfrentarse a la luz y el calor de las llamas. Los acompañamos en sus primeros viajes, en donde entendieron que pisaban un mundo que excedía los límites de su mente. Los vimos batallar unos contra otros, inaugurando los intrincados caminos del odio y la violencia. Y estuvimos en los lugares en los que depositaron en el seno de la tierra la primera semilla de trigo y el primer cadáver. Fue entonces cuando se encontraron cara a cara con los inevitables ciclos de la vida y de la muerte.

En todo momento estuvimos a su lado. Nos regocijamos con sus alegrías y lloramos junto a ellos sus penas, los consolamos con nuestras caricias y secamos sus lágrimas. Les enseñamos a cantar y a hacer música, a soñar y a superar las fronteras. Y compartimos muchos de sus espacios, o, al menos, esos que ellos nos permitieron compartir: los de trabajo, los de festejo, los de aventuras...

Aunque pocas veces han querido dejarnos entrar a sus lugares más íntimos. De hecho, inventaron mil y una triquiñuelas para dejarnos fuera de ellos e impedirnos el paso, argumentando que éramos molestos. Sólo nos franquean la entrada cuando a ellos les interesa.

Hemos tenido, pues, una relación profunda con los humanos. Una relación cotidiana, podría decirse, que por parte de ellos fluctúa entre el amor, el odio y la indiferencia. Nosotros no nos hemos preocupado mucho por ese hecho: los sentimientos variables y encontrados son un rasgo innato de los hombres. Curiosamente, lejos de aceptar esa actitud tan oscilante como una característica propia de su especie, se han empeñado en atribuirnosla a nosotros. Pero tampoco nos preocupamos por ello: sabemos de la costumbre humana de echar la culpa de todos sus males al vecino y de proyectar sus falencias en el otro, sea quien sea.

Sabemos también que los hombres son desatentos, olvidadizos, volubles e interesados. A pesar de todo, nos mantenemos a su lado. Los conocemos demasiado bien como para esperar de ellos algo más que sus posturas habituales. En ocasiones han surgido conflictos entre nosotros: nuestra ira ante sus actos ha superado nuestra paciencia, y los hemos atacado. Pero, en líneas generales, disculpamos sus errores porque entendemos que nosotros tampoco somos perfectos.

Solemos perdonar, pero no olvidamos. Ellos tampoco.



En favor de los hombres, debemos señalar que nos han nombrado en canciones, en refranes, en muchas de sus historias y hasta en algunas leyendas. Entre las primeras palabras de sus idiomas siempre idearon al menos un término para designarnos. Algo lógico, si se lo piensa bien: siempre hemos estado presentes en sus vidas. Han bautizado con nuestro nombre a muchísimos de los accidentes geográficos que jalonan sus

territorios y a varios elementos de su vida diaria. Nos han incluido en no pocas de sus metáforas literarias y se han aprovechado de nuestro poder a lo largo de los siglos.

En su contra, podemos decir que pocas veces alaban nuestras virtudes y siempre condenan nuestros defectos, o lo que ellos, a su conveniencia, consideran tales. Jamás nos han agradecido nuestra ayuda: se han aprovechado de nosotros sin devolver nada a cambio, ni siquiera una sonrisa. Y, sobre todo, siguen considerándonos «entes» sin vida palpable. Quizás sea por eso que no nos incluyen en sus libros sobre formas maravillosas y legendarias, por más que lo seamos desde que el tiempo es tiempo y la tierra es tierra. O tal vez desde antes.



Somos seres mágicos. Lo somos sin ninguna duda.

Tenemos voluntad propia y conciencia de estar vivos. Tenemos capacidad para discernir y para tomar decisiones. Somos independientes y libres. Somos únicos, y nuestros poderes exceden con creces los de un elfo, una bruja o un ogro. Negar nuestra presencia es como negar la de un río o la de una mariposa. Pasar por alto la magia que nos habita y aceptar sin dudas la de un gnomo nos parece ridículo. Afirmar que no llevamos en nuestro interior el soplo de la vida es una falacia. Pero los hombres se empeñan en seguir ignorando todos estos hechos irrefutables.

En resumen, siguen considerándonos como «algo» carente de rasgos maravillosos, y nos reducen a la categoría de simple «fenómeno» que puede ser usado cuando lo desean en su propio beneficio, y olvidado luego. Como ocurre con tantos otros «fenómenos» que llenan su universo.

Es triste llegar a estas conclusiones tras una trayectoria común tan larga y después de una relación tan constante, a pesar de lo conflictiva que haya podido ser.

Quizás no lo sepan, pero nosotros, como ellos, también nacemos. Sí, nacemos en algún momento, y en algún otro desaparecemos. En eso no nos diferenciamos de ningún otro ser vivo. Porque estamos vivos, aunque todos se resistan a admitirlo.

Somos hijos de la tierra, esa que sustenta toda la vida de este mundo. Dependiendo del lugar en el que veamos la luz del sol por primera vez, tendremos unas características, una forma y un perfil determinados. Igual que los hombres. Como ocurre con ellos, nosotros también tenemos razas. Nuestros hermanos montañeses son bien distintos de nuestros parientes del mar, y los que nacen en la selva son radicalmente diferentes de aquellos que lo hacen en el desierto.

Y, al igual que los seres humanos, poblamos todos los rincones de la tierra, incluso algunos en los que ellos han decidido no vivir.

Desde que nacemos tenemos la capacidad de convertirnos en otra cosa. ¿No es eso algo mágico? Podemos cambiar de estado físico cada vez que queremos: ser líquidos como la lluvia o duros como el hielo, ligeros e invisibles como el aire u oscuros como el humo de las fogatas. Todo eso podemos ser, y más aún. Nuestra piel puede ser cálida y nuestros abrazos, asfixiantes, pero también puede ser increíblemente fría y congelar lo que toque.

Podemos ver sin ser vistos y escuchar sin ser escuchados. ¿No es extraordinario? Nuestros pasos y nuestros movimientos pueden ser tan silenciosos que ni siquiera el animal más sagaz podría notarlos, y nuestros cuerpos pueden volverse invisibles e intangibles. Pero, al mismo tiempo, y gracias a nuestra capacidad de transformación, podemos ser sentidos: a veces como música, otras veces como mero ruido. A veces las que se perciben son nuestras caricias, y otras, nuestros golpes.

Podemos movernos muy rápido, más rápido aún que los más veloces caballos, o quedarnos quietos, tan quietos que parece que hemos desaparecido. Nuestras pieles

pueden asumir los más variados e inimaginables colores, texturas y grosores. Podemos confundirnos con el medio que atravesamos y mimetizarnos con él: cubrirnos de hojas, o de arena, o de hierba, o de diminutas gotitas de agua... ¿Cuántos otros seres mágicos pueden equipararse a nosotros?

Los hombres nos sienten a veces, y se dan cuenta de que estamos allí, junto a ellos. Otras no nos reconocen, y atribuyen nuestros roces, el ruido de nuestros pasos o nuestras propias voces a fantasmas.

Pero se equivocan: no somos fantasmas.

Confunden nuestras voces, sí, porque hablamos. A veces nos llevamos con nosotros todas las palabras de todas las lenguas humanas y nos limitamos a repetirlas entre nosotros o en la soledad de nuestros refugios. Y jugamos con ellas, y las mezclamos para ver como suenan de otra forma.

Más allá de repetir lo que dicen, hablan o cuentan los humanos, tenemos nuestro propio idioma. Los hombres lo calificarían de silbos, susurros y rugidos, y eso demuestra que no nos conocen bien ni nos entienden. Esos silbos, esos susurros y esos rugidos son sólo expresiones de nuestros estados de ánimo: alegres, tristes o furiosos. Pues, como los humanos, tenemos nuestro humor y nuestro carácter.

Pero tenemos, además, nuestras palabras, nuestras frases, nuestras preguntas y exclamaciones, nuestras canciones e historias. A veces las dejamos en los oídos de aquellos que han aprendido a escucharnos y a entendernos: ciertos niños, algunos viejos olvidados en los bancos de las plazas, las lavanderas de los arroyos y un puñado de artistas que todavía se preocupan en hallar algo nuevo para inspirar lo que hacen.

No hay diccionarios humanos que describan nuestro idioma, aunque los hay que recogen las supuestas voces de otras entidades de leyenda, sus imaginarios decires y sus hipotéticas costumbres.

De nosotros poco se conoce, a pesar de que muchos hombres crean saberlo todo.



No somos seres imaginarios. Somos muy reales.

Sabemos leer y escribir. Y eso es algo de lo que no todos los humanos pueden vanagloriarse. Desciframos las rugosidades de las cortezas de los árboles, que nos cuentan relatos del bosque, o las grietas de las piedras, que nos narran las sagas míticas de las montañas nevadas. Y escribimos: grabamos efímeras inscripciones en nuestra lengua sobre los arenales, sobre el lomo verde de las praderas o en el espejo de alguna laguna. A veces las anotamos jugando con el humo de los hogares de los hombres, aunque duran muy poco y enseguida se desvanecen.

Por naturaleza, somos viajeros nómadas. Generalmente vivimos en una región determinada, aquella en la que nacemos y a la que estamos mejor adaptados. Pero nos gusta mucho movernos: es casi una necesidad. Si no lo hacemos, no seríamos nosotros. Seríamos cualquier otra cosa. Y esa idea no nos gusta.

A veces nos enamoramos de los lugares por los que pasamos, y allí nos quedamos un largo rato. Pues también nos enamoramos. Al fin y al cabo, estamos vivos, aunque todos se empeñen en afirmar que no.

Y trabajamos. Trabajamos mucho. Generalmente nos limitamos a hacer aquello que nos gusta: pasear, revolver, investigar, aprender, jugar y hacer travesuras. Sin embargo, buena parte de nuestro tiempo lo dedicamos a ayudar a los humanos, a pesar de que ellos, como hemos dicho, ni siquiera se molestan en agradecerlo. Los acompañamos en

sus tareas diarias, en sus entretenimientos, e incluso realizamos las tareas que dejan conscientemente en nuestras manos.

Pero luego se olvidan de nosotros. Y nos critican, y nos atacan, y nos ponen barreras para mantenernos alejados, y nos odian cuando, en nuestros viajes nómadas o en nuestras actividades diarias, hacemos algo que no es de su agrado. Se muestran desagradecidos, olvidan nuestros favores y nos condenan como si fuéramos lo peor del universo.



Creemos que es hora de que los hombres nos incluyan en sus manuales, diccionarios y obras sobre seres mágicos. Pensamos que es momento de que nos reconozcan como lo que somos: entidades maravillosas y poderosas que caminan día a día a su lado.

Tras tantos siglos de historia compartida, necesitamos que, por una vez, nos lancen un guiño cómplice y nos hagan saber que, en el fondo, nos aprecian, o nos admiran, o al menos se alegran de que estemos entre ellos.

Pueden incluirnos con el nombre que quieran. Nos han dado miles, y todos ellos nos gustan.

Nos llamaron *vítr*, *tuul*, *gwint* y *haize*.

Nos bautizaron como *kürrüf*, *szél*, *angin* y *wiatr*.

Nos dijeron *era*, *upepo*, *hangin*, *gió* o *kaze*.

Pueden usar el término que deseen. Lo único que queremos es estar presentes en esos libros.

Es muy sencillo. Sólo deben anotar una sola palabra.

"Viento".